

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

18/2015

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Pablo Alberto Baisotti

Ausente-Presente: las dos caras de José Antonio (1936-1938)

Absent-Present: the Two Faces of José Antonio (1936-1938)

pp. 163-189

DOI: 10.15581/001.18.163-189



Universidad
de Navarra

Ausente-Presente: las dos caras de José Antonio (1936-1938)

Absent-Present: the Two Faces of José Antonio (1936-1938)

PABLO ALBERTO BAISOTTI

Doctor en Historia. Investigador: Università di Bologna (Italia)
pablo.a.baisotti@hotmail.com

RECIBIDO: MAYO DE 2015
ACEPTADO: NOVIEMBRE DE 2015

Resumen: Durante la guerra civil, la muerte fue considerada un recurso precioso para legitimar y consolidar la posición de los sublevados. A mayor importancia del difunto, mayor sacralización y legitimación de la guerra y de Franco. José Antonio fue el difunto más importante que produjo la guerra civil. A partir de su recuerdo fueron tejidas todo tipo de historias, llegando a extremos de leyenda. La Iglesia y la Falange —del bando «nacional»— fueron activos protagonistas en la tenaz disputa de las llamadas «políticas de la muerte».

Palabras clave: José Antonio. Muerte. Iglesia. Falange. Franco

Abstract: During the civil war, death was considered a precious resource to legitimize and consolidate the position of the rebels. The greater importance of the deceased, the greater sacredness and legitimacy of the war and of Franco. José Antonio was the dead most important of the Civil War. From his memory they were woven all kinds of stories reaching extremes of legend. The Church and the Falange were active players in the «National» side, active players in the persistent dispute of the so called «death policies».

Keywords: José Antonio. Death. Church. Falange. Franco



En los tiempos de la guerra civil española —e incluso antes, durante las guerras africanas—, la muerte en combate fue un bien deseado, precioso, una recompensa a la cual muchos aspiraron. La muerte contribuyó a la formación del universo simbólico español. De ahí que el culto a los caídos tuviese rápidamente un puesto central en la liturgia, siendo probablemente la expresión más destacada de la religiosidad secular y de la concepción religiosa de la vida. Los funerales de los ‘mártires’ fascistas españoles fueron ciertamente ritos más intensos y emotivos de lo usual, sea tanto por la participación de estos como por la masa de espectadores. El momento culminante de la ceremonia era el rito de la llamada: uno de los jefes de la escuadra gritaba el nombre del «caído», y la masa respondía «¡Presente!», expresando el vínculo entre los vivos y los muertos¹.

El artículo desarrollará la creación del mito de José Antonio y su posterior instrumentalización entre los años 1936-1938. Además, se intentará desentrañar los procesos de manipulación de su memoria por parte de la Falange y de la Iglesia, y la legitimidad que de ello se obtuvo para el crecimiento y consolidación de los sublevados. Esto es, comprobar el crecimiento del capital político y «sacro» de los «nacionales» (en particular de Franco) fomentado desde la vertiente falangista que intentó «paganizar» la memoria de su líder muerto, y de la Iglesia que buscó conservar el monopolio de las políticas de la muerte².

1. LA MUERTE DESDE UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

La muerte ha sido siempre considerada por la cultura judeocristiana el suceso más importante de la vida. En realidad, todas las religiones otorgan una importancia enorme al tema de la muerte: su carácter ininteligible suscitó la conformación de lugares sagrados, mitos y rituales para soportar su alcance. También fue un tema preeminente en el arte y la literatura a lo largo de todas las épocas y en prácticamente todas las sociedades. Hacia el siglo XIV surgió una representación artístico-literaria de la muerte que llevó a la creación de las famosas *Danzas Macabras*, que eran una serie de escenas en las que unos esqueletos se emparejaban con

¹ Cfr. Gentile, 2009, pp. 29, 31, 46-48, 53, 153.

² Debido a los límites cronológicos impuestos en el artículo el argumento del traslado de los restos de José Antonio y demás cuestiones acaecidas en el año 1939 acerca del fundador de la Falange quedarán fuera y serán tratadas en un futuro artículo.

los vivos, arrastrándolos a bailar con ellos; y los *Triunfos de la Muerte*, en los cuales se personificaba a la muerte como un monstruo amenazante atrapando a sus indefensas víctimas. De estas apareció un aspecto fundamental: lo macabro, que implicaba una interpretación específica de la muerte, una valoración determinada que no se detuvo en la simple aceptación de la muerte. En España, los vestigios de *Danzas Macabras*, a pesar de ser pocos en comparación con Francia o Italia, poseen una gran riqueza iconográfica. Esta danza poco tenía que ver con el cristianismo aunque se la aceptó como una controlada concesión de la Iglesia a la imperiosa necesidad de la personas por conjurar la muerte. A partir del siglo XVIII, el hombre de las sociedades occidentales tendió a dar a la muerte un sentido nuevo: la exaltó, la dramatizó, la quiso impresionante y acaparadora. Fue la muerte del otro cuya añoranza y recuerdo inspiraron en el siglo XIX y XX el nuevo culto a las tumbas y a los cementerios. Era un sentir común que la sociedad estuviera compuesta por muertos y vivos, y que los primeros fuesen tan significativos y necesarios como los segundos. La ciudad de los muertos fue la imagen intemporal de la ciudad de los vivos, porque aquellos habían superado el momento de cambio y sus monumentos eran signos visibles de la perennidad de la ciudad.

La intervención de los gobiernos, con su nueva «política de la muerte»³ desde la segunda mitad del siglo XVIII, impulsó la construcción de cementerios extramuros añadiendo más conflicto, el cual se agregaba a la presencia y utilización de la muerte en los procesos políticos desde la Revolución Francesa. Así los protagonistas tomaron prestados rituales fúnebres para adquirir poder frente a sus adversarios⁴. Como mencionó Burleigh, jansenistas e ilustrados habían logrado expulsar a «un Dios infinitamente bueno muy lejos de este mundo corrupto», transformándolo

³ Las «políticas de la muerte» eran un conjunto de rituales fúnebres, ceremonias religioso-políticas, establecimiento de muertes ejemplares, entierros multitudinarios, exhumación de fosas, traslados de restos, veneración de reliquias, lápidas conmemorativas y tantas otras muestras y formas de cultivar más o menos artificioamente el recuerdo de los muertos o, aun peor, instrumentar la muerte en función de las necesidades de los vivos. Ejemplo de ello se produjo cuando la muerte se transformó en un factor aglutinante de la colectividad en una vertiente todavía más inquietante: en este caso no era el muerto el «protagonista» quien concitaba los honores, sino la muerte como objetivo la muerte del «extraño», como elemento de cohesión de una sociedad. Núñez Florencio, 2014a, pp. 92-93.

⁴ Menozzi señaló que la construcción de una ciudad secular, intentada desde 1789 en adelante, no solo se encontraba en plena contradicción con el catolicismo, sino que tiene como efecto la degeneración totalitaria de la vida política y civil. Menozzi, 1991, p. 90 y Menozzi, 1977, pp. 162-164. También Cfr. Rivière, 1998, p. 45.

lo en una realidad autónoma, «observable y potencialmente maleable». Las guerras napoleónicas no unieron a Europa bajo los ideales de la Revolución Francesa, sino todo lo contrario: robustecieron el nacionalismo, la más poderosa de las ideologías de los siglos XIX y XX. Burleigh analizó la posición y alcance del nacionalismo en diversos países europeos. En Italia destacó a los líderes «risorgimentales», los cuales crearon de la idea de unificación una religión patria. Ésta llegó a su ápice durante la Primera guerra mundial, que fue vista en parte —y no únicamente por los italianos— como una guerra santa, «un choque de civilizaciones y un enfrentamiento de virtudes y valores nacionales» rivales entre sí⁵.

En Alemania, por ejemplo, durante todo el siglo XIX los monumentos — espacios «sacros» — resaltaron la importancia del espacio para las fiestas nacionales venerando símbolos de la nación y de la guerra que incluyeron, de modo más o menos amplio, a la población. Incluso el káiser Guillermo fue venerado como un símbolo patriótico-divino. Él mismo aseguró que en su persona se encontraba el espíritu de la Providencia: «Yo soy Su arma, Su espada y Su visera. ¡Ay del que no obedezca! ¡Muerte a los cobardes y los incrédulos!». Pero ello no satisfizo las exigencias de los movimientos de masas posteriores a la Primera guerra mundial, las cuales transformaron las fiestas nacionales en una técnica política de gran uso. Plazas y monumentos se consideraron estables «espacios sacros» donde la masa litúrgica celebraba periódicamente los ritos de la patria acompañándolos con actos de reconocimiento.

El nacionalsocialismo recurrió a la precedente tradición de los monumentos nacionales y de los lugares sacros como parte integrante del nuevo estilo político. Por su parte, a la vigilia de cada aniversario, el fascismo italiano daba disposiciones para la celebración, dividida en los tiempos del rito y de la fiesta, distinguiendo lo «sacro» de lo «profano». Fue exaltada la participación de las masas en los ritos del culto nacional y el carácter mismo de las fiestas públicas determinó la funcionalidad de los monumentos nacionales que constituyeron una parte principal de la liturgia. De hecho, sobre los altares de las patrias decimonónicas se fraguó el principal germen de los fascismos y de las guerras totales del siglo XX⁶.

⁵ Burleigh, 2005, pp. 64, 501.

⁶ Burleigh, 2005, pp. 261, 506.

Como señaló Mircea Eliade las fiestas religiosas estaban ahí para volver a enseñar a los hombres la sacralidad de los modelos. El hombre religioso necesitaba sumergirse periódicamente en ese tiempo sagrado, haciendo posible el otro tiempo ordinario, la duración profana en la cual se desarrolla toda existencia humana. Era el eterno presente del acontecimiento mítico el que hacía posible la duración profana de los acontecimientos históricos. En la fiesta se reencontraba plenamente la dimensión sagrada de la vida, se experimentaba la santidad de la existencia humana en tanto que creación divina. Las fiestas restituyeron la dimensión sagrada de la existencia, re-enseñando cómo los dioses o los antepasados míticos habían creado al hombre y le habían enseñado diversos comportamientos sociales.

La evolución de los ceremoniales tuvo a su vez un rol clave en la auto-representación y en el culto de la nación. En la elección de los «lugares sacros» donde se desarrollaron las ceremonias o las erecciones de los monumentos nacionales fue tomada en cuenta la emoción que el lugar habría de provocar. La mortalidad masiva de la Gran Guerra fue interpretada como una experiencia sagrada. La clase, la nación y el pueblo nacional se convirtieron en los verdaderos sujetos sociales protagonistas de la guerra y el culto a los soldados nacionales muertos se transformó en el núcleo del nacionalismo. Todo ello favoreció además el despertar de un sentimiento religioso tradicional, contribuyendo a la formación de nuevas corrientes de religiosidad laica de «religiones civiles» a través de la propaganda patriótica y la celebración del culto de mártires muertos por la patria⁷.

Se produjeron peregrinaciones a los lugares de enfrentamiento bélico, conmemoraciones, ceremonias locales, erección de cenotafios y sepulturas comunes. Cuando en ellos intervinieron los gobiernos y otros grupos políticos, los rituales fúnebres se politizaron y se volvieron conflictivos con relación a la cuestión social de la muerte. Los ritos funerarios de carácter político, encaminados al reforzamiento de las relaciones de dominio, estuvieron en una especie de combustión permanente en muchas culturas. Sirvieron eficazmente para el reordenamiento de las relaciones sociales, convirtiéndose en el vehículo ideal para lanzar men-

⁷ Para Bourdieu, en cambio, la religión ejercía un efecto de consagración convirtiendo en límites de derecho, por sus sanciones santificantes e inculcando un sistema de prácticas y de representaciones consagradas cuya estructura reproduce la estructura de las relaciones económicas y sociales en vigor. Bourdieu, 2009, pp.62, 71 y 72.

sajes concernientes al conflicto, la legitimidad y el poder. Asimismo, adquirieron protagonismo político en el enfrentamiento con los gobiernos y entre los rivales políticos; los cortejos, los traslados de huesos y las conmemoraciones fúnebres en la Europa de entreguerras transmitieron más que nunca mensajes de respetabilidad, de unidad y de compromiso.

Rader destacó que los ritos funerarios de carácter político servían para reforzar las relaciones de dominio y para reordenar las relaciones sociales caídas en desorden. Fueron impuestos a causa de su eficacia, ya que en el momento en que el dominio era amenazado por posibles rupturas, compartimentaciones o desintegraciones, las ceremonias funerarias, así como los cadáveres o tumbas ritualmente exhibidos, ayudaron a la legitimación de esa misma autoridad y legitimidad. Pero no solo eso: la puesta en escena simbólica de los rituales funerarios y de los cultos funerarios, también oficiaron como transmisores en extremo eficientes, de la objetivización del poder carismático, creando en ocasiones una ascendencia inventada, mirando tanto al pasado como al futuro.

Se destacan en este período de entreguerras tres tipos de rituales: los religiosos —con la cruz al frente— que continuaron politizándose en los países de la Península Ibérica, Francia e Italia; los civiles —sin la presencia del clero— que también se politizaron, al constituir contra-ceremonias religiosas de pedagogía cívica o de clase; y los civiles sacralizados, que consistieron en movilizaciones de carácter civil con una dimensión religiosa de origen cristiano, al presentar símbolos de la creencia en una entidad profana sacralizada, como por ejemplo la Nación (fascismo, nazismo). Asimismo se estableció una nueva relación con el mito de una «nación en armas» fortificado con un repertorio de símbolos, de materiales de recuerdo literario, de erección de monumentos conmemorativos, de resguardo de fechas y lugares sacralizados en el nombre de la nación⁸.

En el caso español, desde las primeras décadas del siglo XX y a nivel literario, la muerte adquirió una importancia relevante. En autores como Gutiérrez-Solana, Unamuno, Valle-Inclán, se puede percibir una

⁸ Cruz, 2009; Gutiérrez, 1970, pp.51-53, 54 y 57; Lorenzo Pinar, 1991, pp.55-58; Ariès, 2000, pp. 63, 74 y 76; Rader, 2006, p.14, 32, 67, 276, 278; Mosse, 2011, pp.33, 42, 66, 80, 80, 86, 108 y 113; Gallego, 2014, p.451; Núñez Florencio, 2014b, pp.50, 52; Gómez Moreno, 2012, pp.69-74; Massip, 2009, p.14; Mircea, 2014, pp. 66-68. Para una visión filosófica religiosa sobre la muerte leer: Jankélévitch, 2002. Ver *online* Haindl, pp. 1 y 4 en: http://www.edadmedia.cl/docs/danza_de_la_muerte.pdf

delectación macabra que no es sino la continuación o, en cierto modo, la culminación de una larga trayectoria. Incluso Ledesma Ramos —el fundador de las JONS— incursionó en este aspecto. En 1924 escribió *El sello de la muerte*. En la conclusión se puede leer la angustia que para él representaba la muerte, como también el desdén por la vida:

«¡Pobre amigo mío! Cuando terminé de leer estas memorias me dijeron que se había suicidado. El país adonde pensaba retirarse era la Muerte. ¡Oh, la Muerte! Ahora, siempre que veo este manojo de cuartillas frías, la vista se me nubla, y en la última de ellas veo grabado en caracteres rojos un sello [...]: el sello de la Muerte que se ciñe sobre esta gran vida, sobre este brioso caudal de fuerzas, y que parece lanzar un reto a todo lo que nace, vive y [...] muere. ¡Oh, grande Antonio de Castro, yo te proclamo divinidad y soy el primero en venerarte!»⁹.

Otro, el gran poeta granadino García Lorca, en una conferencia impartida en 1933 en Buenos Aires y La Habana llamada *Teoría y juego del duende*, describió a España «como país de muerte, como país abierto a la muerte». Para luego agregar: «un muerto en España está más vivo como muerto que en ningún sitio del mundo». Apuntaba certeramente a toda una serie de manifestaciones artísticas desde *El sueño de las calaveras* de Quevedo, pasando por poesías y coplas de todas las épocas que mostraban «un pueblo de contempladores de la muerte, con versículos de Jeremías por el lado más áspero, o con ciprés fragante por el lado más lírico; pero un país donde lo más importante de todo tiene un último valor metálico de muerte». Lorca denominó a la muerte «duende», la cual se aliaba y confrontaba en la fiesta nacional por antonomasia: la corrida de toros. España —señaló el escritor— «es el único país donde la muerte es el espectáculo nacional, donde la muerte toca largos clarines a la llegada de las primaveras».

Unamuno sostuvo que la obsesión por la muerte era una característica nacional y que la vida humana era un desafío a la muerte. Para Ramón María del Valle-Inclán, la muerte fue una obsesión con una gran propensión por lo macabro, pues era una muerte artera, brutal, ridícula¹⁰.

⁹ Ledesma Ramos, 1924.

¹⁰ Núñez Florencio, 2014b, pp.60-63. El autor además menciona la conferencia de Lorca «Teoría y juego del duende» que puede consultarse en internet: <http://usuariis.tinet.cat/picl/libros/glorca/gl001202.htm>

En definitiva, los rituales funerarios produjeron la transferencia del carisma. Estos rituales eran en extremo eficientes en la objetivización del poder, ayudando al repetido reforzamiento del propio dominio carismático y la puesta en escena simbólica de una ascendencia inventada, en ocasiones compleja. Los muertos legitimaron el orden político y social, ya que afianzaron la autoridad y al mismo tiempo alejaron la amenaza al orden establecido. Lo que contaba era la importancia que la persona tenía para el grupo, ayudando a su consolidación e incluso constitución a través de una precisa escenografía del ritual funerario. En las luchas por el poder los cuerpos de los muertos fueron también —al mismo tiempo— la encarnación del poder y los lugares del recuerdo que constituían sus tumbas, la localización de la memoria; los ritos mortuorios y los cultos funerarios fueron especialmente adecuados para servir a una puesta en escena tanto del pasado como del futuro¹¹.

Desde el siglo XIV hasta el XX, en España se aprecia una continuidad histórica con relación a la muerte y a la percepción que de ella se tuvo. Fue aceptada en la vida de las personas como una parte más, en ocasiones deseada y otras veces pasando a formar parte de la vida cotidiana.

2. LA PRESENCIA DEL «AUSENTE» Y LA AUSENCIA DEL PODER DE FALANGE

La Falange durante la República tendió hacia una religión de la nación con evidentes proyecciones hacia una religión del propio partido. Según Ellwood, para febrero de 1936 la Falange había agotado todas sus posibilidades de nuevas alianzas políticas. Por ello, era lógico que buscara una alianza con las fuerzas armadas y que suscribiese unos planteamientos que no solo estuvieran al margen del sistema democrático, sino que incluso pensaran en derribarlo¹². La muerte de los principales dirigentes de la Falange creó un vacío de mandos y de representación oficial. Sin embargo, a medida que fueron definiéndose los bandos de la guerra civil, el partido empezó a adquirir una mayor importancia surgiendo así el evidente peligro de convertirse en una masa amorfa y sin dirección¹³, con poca conexión geográfica y arrastrando debilidades ideológicas y

¹¹ Rader, 2006, pp. 67 y 276-278.

¹² Ellwood, 1984, p.72.

¹³ Payne, 1985, pp.135 y 136.

políticas de la fase anterior. Sumado a ello que sus pretensiones totalitarias encontraban resistencia en todos los demás integrantes de la coalición contrarrevolucionaria: en el ejército, en Franco, en la Iglesia y en los medios económicos, católicos, monárquicos, alfonsinos y tradicionalistas¹⁴. Entre los primeros intentos para superar el estado de indefinición se organizó el aparato propagandístico del nuevo Estado y se apuntó a clarificar los fines políticos e ideológicos del alzamiento. La Falange buscó la defensa de su peculiaridad moral y la exclusividad nacional del mensaje *joseantoniano*¹⁵. El carácter redentor de la guerra pronto se simplificó como cruzada, mezclando dos elementos míticos de la contrarrevolución. De un lado, el sentido penitencial de los sectores más vinculados al tradicionalismo y, en especial, al nacionalismo de Acción Española, en el que la guerra venía a castigar a los españoles, obligándolos a mejorar a través de esta experiencia dolorosa. Del otro, la mística regeneracionista y palingenésica de la Falange, la cual encontraba en sus «caídos» a víctimas de una guerra civil, con una carga dedicada a la muerte individual como resurrección comunitaria, como sacrificio personal y garantía de construcción del porvenir para salvar a una España que revivía como tradición¹⁶.

Al mes de la rebelión, los núcleos falangistas más importantes de la zona facciosa eran: Burgos, Valladolid, Sevilla y Badajoz. En las dos primeras ciudades ejercían su liderazgo indiscutible Manuel Hedilla y Andrés Redondo, hermano de Onésimo. Hedilla y otros jefes se mostraron partidarios de establecer una dirección oficial, reorganizar mandos secundarios y desarrollar los contactos con el ejército, árbitro indiscutido de la situación¹⁷. El 2 de septiembre de 1936 se reunieron en Valladolid los consejeros nacionales, se decidió que lo más sencillo sería confiar la dirección de la Falange a una junta de mando provisional compuesta por siete miembros. Hedilla fue nombrado jefe aunque la junta carecía de autoridad para establecer cualquier tipo de acuerdo con los militares o con otras esferas de influencia y estableció su cuartel general en Salamanca donde se encontraba el gobierno militar, poniendo a disposición

¹⁴ Thomàs, 2011, pp. 125, 126 y 146.

¹⁵ Ferrary, 1993, p. 88 y Saz, 2004, p. 159.

¹⁶ Gallego, 2014, p. 467.

¹⁷ Vidal Sales, 1978, p. 122.

del ejército todos los efectivos disponibles de la Falange¹⁸. El 20 de noviembre de 1936 fue fusilado José Antonio. El Consejo nacional de la Falange, reunido al día siguiente en Salamanca, dio el «¡Presente!» de ritual, pero no hizo nada, no decidió nada, ni eligió nuevo jefe. La noticia se mantuvo oficialmente en secreto por dos años. Para Franco, mantener viva la esperanza de la vuelta de José Antonio era mantener su partido sin cabeza y beneficiarse de una pseudo-canonización política que convertía al «Ausente» en una especie de santo patrón del régimen. En tanto, los falangistas no quisieron creer en la muerte de José Antonio porque no encontraban sucesor¹⁹.

A pesar de este acercamiento, con el decreto de Franco del 20 de diciembre de 1936, se decidió la unificación de las unidades de milicias intentando conservar la armonía entre las fuerzas armadas de los diferentes partidos²⁰. En adelante, todas las fuerzas auxiliares quedaron asimiladas a las tropas regulares y sometidas a la disciplina militar, confiando su mando a oficiales del ejército. A pesar de ello, después de un mes sin que se designase un nuevo mando militar de las milicias, estas siguieron gozando de su independencia. Los falangistas de Salamanca no tenían la menor idea del número de unidades existentes, ni de cómo estaban distribuidas o de la importancia de sus efectivos²¹. En este ambiente de incertidumbre, de acomodamiento y tensión interna pasaron los primeros tiempos del conflicto. Saz resaltó la docilidad con la cual los falangistas aceptaron el mando militar. Ello quizás fue, en parte, producto de las carencias político-ideológicas de sus líderes, de la falta de líderes y de las divisiones internas²².

¹⁸ Payne, 1985, pp.137 y 138.

¹⁹ García Escudero, 1987, p. 46.

²⁰ Decreto de 20 de diciembre de 1936: Disponiendo que todas las milicias y fuerzas auxiliares movilizadas queden sujetas al Código de Justicia militar (art.1); Las Milicias quedan bajo las órdenes de las Autoridades militares (art.2); Todas las formaciones o agrupaciones militares o armadas de las milicias o fuerzas auxiliares estarán mandadas y encuadradas por Jefes y oficiales del Ejército (art.4); Las fuerzas auxiliares que presten servicios de orden público en pueblos o localidades de retaguardia quedarán sujetas en sus procedimientos a la cartilla de la Guardia Civil (art.6). Otras órdenes emanadas durante esos meses: La de 30 de julio de 1936 en la cual la Junta de Defensa dispuso un haber de tres pesetas diarias de todos los individuos pertenecientes a las milicias armadas, "que no han titubeado desde el primer momento en ponerse al servicio de la Patria"; la de 23 de setiembre de que obliga, para poseer el haber diario, prestar servicio en el frente o fuera de su residencia en San Román Colino, 1937.

²¹ Payne, 1985, pp.154 y 155 y García Escudero, 1987, pp. 46 y 48.

²² Cfr. Saz, 2004, p. 132.

A principios de 1937 los dirigentes falangistas aparecían divididos en tres tendencias, cosa que afectaba profundamente al partido. Ante la confusión que habría provocado un principio de anarquía en la retaguardia «nacional», Franco procedió a decretar la única salida posible que fue la unificación de todos los grupos políticos existentes bajo el mando del único jefe capaz de mantener el orden: él mismo²³. Esta afirmación se encuentra reflejada en las actas del último consejo nacional de FET-JONS de abril de 1937, las cuales subrayaron que no existía en la Falange nadie con prestigio suficiente para aglutinar a los falangistas. Desaparecido Onésimo Redondo —y, claro está, José Antonio—, la Falange había quedado huérfana de sus mandos naturales, desamparada doctrinalmente y sin aglutinarse en las JONS. La «ausencia» fue una desgraciada fórmula política para la Falange²⁴. Cuando Hedilla manifestó su propósito de convocar al consejo nacional, los disidentes aprovecharon una reunión de todos los mandos de la Falange celebrada el 16 de abril de 1937, para dar lectura a una serie de cargos en su contra. El cuartel general condenó estas acciones, que acabaron por desacreditar a la Falange ante el ejército.

El decreto de unificación fue presentado el 19 de abril de 1937 proporcionando la forma jurídica y el contenido político al «Nuevo Estado» en proceso de formación, uniendo la Falange y el carlismo, dos Iglesias con el mismo dogma pero constituidas por personas y tiempos distintos. De ahí la tonalidad mística de sus Estatutos propia de una Iglesia civil,

²³ La primera tendencia y la más importante la constituía el grupo formado en torno a Hedilla, sin embargo, cuando se decidió a restablecer la disciplina en el partido, la oposición aumentó. Contaban con el apoyo de la mayoría de los jefes provinciales, por lo menos los de la zona septentrional de la España rebelde. Prácticamente estaban a su lado todos los intelectuales, con el famoso sacerdote propagandista de Pamplona, Fermín Yzardiaga, a la cabeza y, además, con una serie de intelectuales y periodistas más o menos influidos por el nazismo. La segunda tendencia la componían los “legitimistas” de la Falange, los seguidores de José Antonio en un sentido estricto y formalista. Estos se oponían al menor cambio en la organización, el mando o el estilo de la Falange que no estuviese justificado de modo explícito en los discursos del Jefe. Se oponían por principio a Hedilla, sin ofrecer nada a cambio. Agustín Aznar era el principal representante de esta tendencia en Salamanca y Rafael Garcerán, quien desde fines de 1936 era Jefe territorial de Salamanca y luego secretario de la Junta de Mando, no había cesado de intrigar contra la jefatura de Hedilla. En enero de 1937 Tito Menéndez, uno de los más firmes partidarios de Garcerán, fue nombrado jefe de Propaganda a las órdenes del jefe nacional de Prensa y Propaganda, Vicente Cadenas. Por último, la tercera facción en el seno de la Falange estaba formada por los recién llegados, oportunistas, antiguos conservadores, clericales, monárquicos y los tecnócratas seudofascistas, partidarios de un corporativismo conservador. Su único programa consistía en apoderarse del partido para darle una nueva forma más conservadora (Payne, 1985, pp. 162 y 170).

²⁴ Cadenas y Vicent, 1975, pp. 63 y 65.

con alusiones a la misión católica e imperial de España, a su unidad de destino, a su lugar en la historia unificada bajo una misma fe patriótica. La Falange apareció como la gran abastecedora doctrinal del «Nuevo Estado» con sus uniformes, sus himnos, sus consignas, los puntos de su programa, el concepto mismo de revolución y la aportación de la fórmula del partido único allí donde las otras fuerzas se limitaban a pedir la desaparición del pluralismo. Frente a estas fuerzas, el partido fue utilizado como un factor de compensación esgrimido contra las pretensiones de restauración. A su vez, el sentido conservador de los demás sirvió para equilibrar el radicalismo falangista²⁵. El nuevo partido, FET-JONS, copió el 90 por ciento del ideario, organización interna y objetivos de FE-JONS. El que Franco tomase a la Falange fue facilitado por las disensiones internas falangistas²⁶.

El 19 de abril Franco se proclamó a sí mismo jefe nacional sin nombrar secretario general. Hedilla fue nombrado presidente de la nueva Junta Política de FET que iba a constituirse, mientras que las funciones ejecutivas serían confiadas a una Secretaría Política dirigida por López Bassa. Como Hedilla se negó a prestarse a semejante combinación política fue detenido el 25 de abril, como casi todos los dirigentes falangistas importantes: en medida precautoria, durante algunos días. La mayoría de ellos fueron puestos en libertad rápidamente, pero a los más conocidos por la intransigencia en sus convicciones se les aconsejó ir al frente y permanecer allí hasta el final de la guerra. El representante de Franco en las negociaciones emprendidas fue Serrano Súñer, llegado a la zona «nacional» en marzo de 1937. El comité de falangistas designó por su parte al jefe provincial de Valladolid, Dionisio Ridruejo. Entre el comité falangista y el cuartel general se arribó pronto a un compromiso: los falangistas se comprometían a acatar la nueva jerarquía establecida en el mando a cambio de lo cual, después de la guerra, se emprendería sinceramente la implantación del programa nacional-sindicalista²⁷.

En 1938 se legitimó el culto al «caído» por antonomasia, aunque informalmente había comenzado a ser atizado ya desde 1936. Frases como «José Antonio profeta y poeta de España» o «sacrificios místicos, sobre

²⁵ Gallego, 2014, pp. 462, 463 y 628 y García Escudero, 1987, pp. 37 y 55.

²⁶ Thomàs, 2011, p. 140.

²⁷ Payne, 1985, pp. 171-176 y 180.

altares profundos de ascetismo espiritual, de sangre generosa y juvenil»²⁸ fueron algunas de las tantas sacralizaciones hacia él dispensadas. Entre las tantas acciones que se le atribuyeron, una fue la capacidad de «convertir a sus “cuatro gatos” en millones de nobles leones azules»²⁹ «con reservas espirituales como un manantial profundo». Para ese entonces la Falange estaba convencida que bajo su mano y la de Franco, el timón del Estado estaría seguro³⁰. Dijo Giménez Caballero:

«¡Ha muerto un Caudillo! (¡Oh José Antonio!) ¡Viva el Caudillo! ¡Franco! [...] ¡Viva la muerte! — se acaba de hacer símbolo nacional: el de la muerte viva. El 20 de noviembre de 1938 ha sido el día de la liberación nacional de José Antonio, de su ascensión española al cielo de nuestra inmortalidad. Franco [...] su liberador hacia las regiones inmaculadas y divinas. Y España, al fin, pudo convertir por José Antonio, sus lágrimas en estrellas de altos cielos: sus bayonetas en cirios ardientes: sus suspiros en incienso: sus plegarias en volter de campanas: su sangre en bandera alzada para siempre. Y hasta las cinco espadas de Virgen Dolorosa clavadas en el corazón simbólico de Pilar, ese día pudieron ya transverberarse en flechas de oro y luz sobre su pecho dolorido de paloma que camina hacia la santidad [...] Yo vi llorar a Franco mientras rezaba por José Antonio junto al altar y mientras la obra de José Antonio descendía en forma de Espíritu Santo sobre la testa del Caudillo ungiéndole de continuidad y de bendición»³¹.

No hace falta más que tomar el último párrafo para apreciar cuánto de «pagano» poseía el escrito de Giménez Caballero, pues el que bendice al «caudillo» no era Dios, sino la obra de José Antonio. Imágenes y categorías netamente cristianas fueron vaciadas de su contenido original para ser reemplazadas con otras, propias del partido. Se creyó en una religión paralela en la que Franco —cual nuevo Jesucristo— era ungido por la obra de José Antonio como el «espíritu de la raza». En la visión de este autor, el catolicismo se deformaba de tal manera que solamente restaba el nombre. Ello apuntaba a la conformación de una nueva religión oficial³². Para el escritor Pemán, Dios dotó a José Antonio de las capacidades

²⁸ «La Unidad de la Patria», *Águilas*, 24/10/1937, p. 1.

²⁹ Álvarez Heyes, «Un modo de ser», *Águilas*, 27/10/1937, p. 7.

³⁰ Navarro, Anastacio, «Por que luchamos», *Amanecer*, 31/7/1938, s/n.

³¹ Giménez Caballero, 1939, pp. 49-52.

³² Como señaló Burleigh, que analizó la «política de la religión» y la «religión de la política» desde la

para ser profeta y precursor «nacional». Por eso —afirmó— «nacional» habría de ser el luto de todos³³, ya que José Antonio era demasiado hombre, demasiado profundo, demasiado cristiano y revelador del auténtico destino «humano, profundo y total»³⁴. Sus legiones de «cruzados» se enfrentaban a «mercaderes egoístas y venteros ruines».

En el mes de noviembre de 1938, mes de difuntos, «las rosas que se doblan sobre los cuerpos de los que cayeron se prenden en las flechas que bordaron madres y novias en vísperas de combate»³⁵. La lógica conmemorativa siguió un patrón fundamentalmente autorreferencial. Ésta veía nuevos fundamentos de legitimación de la «Nueva España» en el espacio urbano, en los mártires y precursores del alzamiento (desde Víctor Pradera a Calvo Sotelo), pasando por los primeros «caídos» en combate en las filas de los insurgentes, que eran honrados en sus lugares de origen (en particular los generales que habían encabezado la rebelión). Parecía más orientada a perpetuar lo iniciado en 1936 que a recordar el pasado y codificar la historia³⁶ o utilizarla para justificar y legitimar el año 1936 como punto de partida de una nueva era encabezada por su «caudillo». El periódico *El Eco de Santiago* lo expresaba en el siguiente modo:

«Nosotros hemos proclamado Caudillo a Franco. Grande, inmensa, imperecedera es la idolatría que sentimos por el ausente, precursor y mártir de la Santa Causa que defendemos, y si la Providencia obrase el milagro de resucitarle, devolviéndonos su preciosa vida, Franco sería no obstante el Caudillo para nosotros indiscutible. Y si nosotros anteponemos el Caudillaje de Franco al de José Antonio, a quien rendimos verdadero culto y veneración»³⁷.

Se produjo así un auténtico proceso de santificación que se mantendría durante décadas. Franco presentó a José Antonio como un mode-

Revolución francesa hasta la Gran guerra, existió en ese período una constante búsqueda de la idolatría de diversos dioses manifestada en la lucha de seguidores y con los objetivos de lograr la unidad, regenerar la humanidad y finalmente imponer su evangelio (Burleigh, 2005). Para un estudio en profundidad del concepto de religión política y política de la religión puede verse en especial las obras de Gentile, 2001 y 2009. Complementar con el artículo de Linz, 2006.

³³ Pemán, José María, «José Antonio: pero todo José Antonio», *ABC*, 20/11/1938, p. 5.

³⁴ Werner, Mercedes, «José Antonio en la vida de la mujer de Falange», *Sur*, 20/11/1938, s/n.

³⁵ Conceiro, J., «Meditación en la intemperie», *El Adelanto*, 20/11/1938), s/n.

³⁶ Núñez Seixas, 2006, p. 322.

³⁷ «Franco caudillo», *Eco de Santiago*, 13/01/1938, p. 1.

lo, como un arquetipo, como un ejemplo a seguir especialmente dirigido a la juventud. Ello se dibujó claramente tanto en el decreto que confirmó su asesinato como en el discurso que dirigió a la nación a través de la radio³⁸.

La fecha elegida para dar la noticia de su muerte fue el 1 de octubre de 1938, con motivo de la celebración en Burgos del II aniversario de la exaltación a la Jefatura del Estado. Franco oficializó el rumor y ordenó la creación de una comisión que preparara el debido homenaje para el 20 de noviembre, aniversario de su muerte. Ese día, por decreto de la Jefatura de Estado del 16 de noviembre de 1938 fue declarado «día de luto» nacional estableciendo —previo acuerdo con las autoridades eclesiásticas— que en los muros de cada parroquia figurase una inscripción con los nombres de sus caídos «ya en la presente Cruzada, ya víctimas de la revolución marxista»³⁹.

Meses antes del reconocimiento oficial existieron indicios «encubiertos» de la muerte del fundador. En mayo de 1938, el canónigo magistral de Ciudad Real, Mugueta escribió: «José Antonio ha [...] dejado la Falange, que montara guardia todas las noches a la puerta de su Panteón e irá [...] a depositar, sobre su sepulcro, las cinco rosas que son las flechas de su haz»⁴⁰. Franco hizo un anuncio oficial en julio de 1938 calificando a José Antonio de «mártir glorioso de nuestra Cruzada». Torres García señaló que la explicación más plausible de la dilatación de la noticia de su muerte fue la búsqueda del momento más oportuno para hacerlo y

³⁸ Torres García, 2012, pp. 555 y 556. Bourdieu destacó que el profeta era menos el hombre «extraordinario» del que hablaba Weber, y más aquél de las situaciones extraordinarias, aquellas de las que los guardianes del orden ordinario no tenían nada que decir. Continuó señalando que el ejercicio mismo de la función profética no era concebible sino en sociedades más capaces de dominar su propio devenir ritualizándolo (ritos agrarios y ritos de pasaje) (Bourdieu, 2009).

³⁹ Casanova, 2001, pp. 297 y 298 y Castro, 2008, pp. 100-102. En el Boletín Oficial de 17 de noviembre de 1938 apareció el decreto, núm.140, del día anterior. El mismo estipulaba: 1º Día de luto nacional el 20 de noviembre de cada año; 2º Previo acuerdo con las autoridades eclesiásticas, en los muros de cada Parroquia figuraría una inscripción que contenga los nombres de sus caídos; 3º Sería creada una cátedra de doctrina política en las universidades de Madrid y Barcelona destinada a explicar y desarrollar las ideas políticas de José Antonio —sin ser cargos fijos, sino por sucesivos profesores nombrados por el Jefe Nacional del Movimiento—; 4º Concurso Nacional en el que se premien los mejores trabajos artísticos, literarios y doctrinales sobre la figura y la obra de José Antonio; 5º Llevará su nombre las primeras instituciones que se organicen con carácter nacional para la formación y disciplina política de la juventud y para la educación artesana de los obreros; 6º El Ejército Español nombraría una unidad de nueva construcción con su nombre; 7º Construcción de un monumento. Ver decreto en San Román Colino, 1937.

⁴⁰ Mugueta, 1938.

del modo más glorificador posible. Evidentemente, no se podía hacer un anuncio de ese tipo en un momento bélico delicado, sino en uno triunfal. Para Gil Pecharromán, el franquismo se apropió de su figura con avidez, necesitado como estaba de referentes atractivos y justificaciones doctrinales. Su persona fue cantada en todos los registros del heroísmo, y convenientemente tergiversada su circunstancia histórica y personal. En resumen, a partir ya de los primeros meses de la guerra civil sus exégetas incidieron en la vertiente totalitaria de su pensamiento, en su antiliberalismo militante y en su invocación a la violencia como «santa cruzada», recordando que el fascismo era entonces sinónimo de éxito en Europa, y el partido único era fascista⁴¹. Muchos de ellos consideraban que el movimiento profetizado por José Antonio era parangonable al de Cristo «en las horas difíciles del sacrificio, sólo vemos que al Maestro le rodean sus apóstoles [...] como lo que hace veinte siglos siguieron al Hijo del Hombre [...]»⁴². Además, que su profecía había sido cumplida «en el alma radiante de Franco, nuestro jefe y Caudillo, un buen señor digno de vasallos»⁴³. Divina revelación «de la imperecedera poesía del Cielo que se derrama sobre la tierra [...] Poetas uncidos al yugo lírico de Franco y de José Antonio [...]»⁴⁴. El falangista Ros creía que el propósito de José Antonio era salvar y recobrar España, lo que estaba cumpliendo el «genio y la espada» de Franco, porque en la España de Franco «se gana la vida por creer en la muerte»⁴⁵.

La preparación de las exequias fue coordinada hasta el último detalle. Prueba de ello fue la circular 1 del servicio nacional de Propaganda de la jefatura provincial de Navarra de 16 de noviembre de 1938, escrita por el Jefe provincial de Propaganda, Zubiaur:

«detalladamente expuesta la organización de la Fiesta póstumo homenaje a José Antonio Primo de Rivera [...] El mismo día 20, al atardecer, aunque no se puede precisar la hora, hablarán desde Ra-

⁴¹ Torres García, 2012, p. 553; Gil Pecharromán, 2003, pp. 480-482; Lucas del Ser señala que José Antonio fue objeto de un culto necrológico singular después de superada la etapa de «Ausente». El anuncio «extraoficial» de su muerte apareció en el periódico falangista *Proa* el 16 de julio de 1938. El 20 de noviembre *Proa* le dedicó un extraordinario de 16 páginas. Ver *Proa*, 20/11/1938 y Lucas del Ser, 2003, p. 158.

⁴² «Poesía de la Falange», *Águilas*, 8/10/1937, p. 4.

⁴³ Medina González, «¡Dios, que buen vasallo se oviera buen señor!», *Águilas*, 20/10/1937, s/n.

⁴⁴ Medina González, «La Falange es poesía», *Águilas*, 28/10/1937, p. 1.

⁴⁵ Ros, 1939, pp. 39-41.

dio Nacional a todos los Españoles el Excmo. Ministro del Interior, el Secretario General del Movimiento y el Caudillo. Al objeto de escuchar los discursos, concentrará Vd. a los afiliados a FET y de las JONS»⁴⁶.

Por otro lado, la Iglesia demostraba algunas reticencias para la celebración de las honras fúnebres y la colocación de lápidas. El cardenal Gomá así lo expresaba el 14 de noviembre de 1938 en una nota dirigida a Pemartín, vicesecretario general de FET-JONS:

«por lo que atañe a la colocación de lápidas conmemorativas de la muerte de D. José Antonio Primo de Rivera [...] en los muros de los templos parroquiales [...] creo mejor diferir el homenaje para cuando se pueda hacer conmemoración de tantos como han dado la vida por la patria. Consultado con el Excmo. Sr. Nuncio el punto relativo a funerales por el alma de Don José Antonio Primo de Rivera, a celebrar en las iglesias el domingo próximo, me dice que no está [...] concederlo, pero que solicita de la Santa Sede esta gracia especial. Si la Santa Sede benignamente la otorga, me complaceré en comunicárselo telegráficamente, lo que también haré a los Sres. Obispos»⁴⁷.

De todos modos, las honras se celebraron el día establecido en la catedral de San Lesmes de Burgos, siendo Ridruejo el encargado de crear una ceremonia clasicista con tonos medievalizantes con el pendón de las Navas incluido. Asimismo se anunciaron monumentos y homenajes en toda la zona nacional⁴⁸. De Foxá y López realizaron una descripción detallada. El gentío aclamó la llegada de Franco —en camisa azul y boina roja— y Fernández Cuesta, siendo escoltados por la guardia jalfiana. Saludaba «el custodio de la voluntad del Caído y artífice de la victoria», mientras se abrían lentamente las puertas de la catedral. Allí se encontraban apostados: las autoridades, los grandes de España, los caballeros de las órdenes y las jerarquías del partido. El arzobispo de Burgos —acompañado de varios prelados— le ofreció agua bendita que el «caudillo» aceptó luego de besar su anillo pastoral. Allí se organizó un cortejo

⁴⁶ Zubiaur, José, *Circular n.1*, (16/11/1938), Pamplona, Servicio Nacional de Propaganda Jefatura provincial de Navarra.

⁴⁷ Archivo del Cardenal Gomá [AGT], Pamplona, (14/11/1938), *Gomá dirigido a Pemartín*, -vice secretario General FET-JONS-. Esta comunicación no se encuentra en la obra de Andrés-Gallego y Pazos (2001-2010).

⁴⁸ Torres García, 2012, p. 554.

por los claustros, Franco ingresó bajo palio y al son de la música de los monjes de Silos. Fray Justo Pérez de Urbel, «el monje-poeta que luce sobre el escapulario de San Benito su estrella de alférez provisional», había compuesto en latín aclamaciones de estilo medieval en forma de salutación a Franco y como recuerdo a José Antonio:

«Al Caudillo católico de España, padre de la Patria, vindicador de la Justicia, señor Francisco Franco; afirmador, con su victoria, del Orden cristiano y de la libertad patria; séanle concedidos largos años, el amor del pueblo y la bendición de Dios omnipotente [...] Al deseadísimos príncipe de la Juventud española, al magnánimo fundador de la Falange, que conjuntamente con muchos mártires gloriosos ofreció valerosamente su muerte por Dios y por la Patria, séale concedida la luz de la Bienaventuranza. El recuerdo de los siglos y la corona de manos del Señor por toda la eternidad»⁴⁹.

Franco llegó a la nave central de la Iglesia, donde aguardaban las dignidades de España y la familia de José Antonio. El arzobispo de Burgos subió al altar y Franco se arrodilló. En el centro colgaba el pendón de Las Navas, de Foxá describió la imagen como una noble y triste escena de guerreros laureados, de prelados, de monjes y de abades mitrados «que recuerda los cartularios medievales». En el centro de la catedral se alzaba el túmulo dedicado a José Antonio, el yugo y las flechas decoraban la iglesia, junto a jóvenes falangistas, con cascos de trinchera, que daban guardia al recuerdo de su cuerpo. Desde el púlpito, el arzobispo de Valladolid pronunció una oración fúnebre:

«era cristiano, y el cristiano es divino y es humano. Cristo es Dios y es hombre, hombre perfecto. Por ser Dios no pierde las características de la naturaleza humana [...] Cayó su cuerpo muerto en los brazos de la madre tierra [...] como semilla de resurrección [...] está durmiendo, no el sueño eterno, no, sino el sueño secular, sueño de siglos, cuyo número Dios sólo conoce [...] José Antonio [...] voló hacia los luceros [...] voló hacia el firmamento de los luceros espirituales, que son los ángeles y bienaventurados del cielo».

Salió de la Catedral con la misma solemnidad. El «caudillo» —al son de los acordes de la Marcha Real y en presencia de familiares del homenajeado— procedió a descubrir el nombre de José Antonio que en

⁴⁹ «Aclamaciones de los benedictinos de Silos, en Burgos», *Diario Vasco*, 20/11/1938, s/n.

caracteres romanos se había grabado en la parte exterior de los muros de la catedral y, con su brazo en alto, dio el grito: “¡Perenne presencia de José Antonio!” Y el pueblo contestó: «¡Presente! ¡Arriba España! ¡Viva el Caudillo!». Seguidamente hizo la ofrenda de la corona de laurel, la primera de las tantas que se fueron sumando⁵⁰. Paralelamente a la celebración descrita, con arreglo a las instrucciones cursadas, se verificaron en toda la España «nacional» solemnes funerales por José Antonio. Durante la víspera, en todas las instituciones de la Sección Femenina, se había rezado el Rosario. La nota distintiva de ese día fueron las señales de luto nacional en todos los edificios oficiales y particulares, colgaduras con crespones y banderas a media asta⁵¹. El mismo día del luto nacional, Franco, Fernández Cuesta y Serrano Súñer hablaron por Radio Nacional. Dijo Franco:

«Murió José Antonio, dicen los pregones. ¡Vive José Antonio!, afirma la Falange ¿Qué es la muerte y qué es la vida? Vida es la inmortalidad, la semilla que no se pierde, que un día tras otro se renueva [...] esta es la vida, hoy, de José Antonio [...] Se desplomó la materia, pero vivió el espíritu, marchó su doctrina con su inspirada canción [...] El ¡ARRIBA ESPAÑA! Alcanza los honores de la universalidad. Esta es la nueva vida del mártir [...] Al rendir, hoy, homenaje en este aniversario a nuestro Caído, lo rendimos en él a todos héroes y los mártires de nuestra Causa, de los que José Antonio quiso ser y fue su Adelantado [...] ¡Dichosos los que, muriendo como él, viven para la Patria! Con su sangre gloriosa se han escrito los destinos de la Nueva España, que nada ni nadie logrará torcer. Así lo quieren los que por España mueren, y así lo sintió el Mártir que hoy honramos»⁵².

Agregó Fernández Cuesta:

«José Antonio que va después por esos pueblos de España predicando la buena nueva entre peligros y asechanzas, molestias y escaseces [...] su destino de mártir y profeta. Quiere que la Falange

⁵⁰ Foxá, 1939, pp. 65-68; López, Carlos, «La España de Franco rinde homenaje a la memoria de José Antonio», *Fotos*, 3/12/1938, s/n.; «Aclamaciones de los benedictinos de Silos, en Burgos», *Diario Vasco*, 20/11/1938, s/n, y «Oración fúnebre pronunciada por el excelentísimo y reverendísimo señor Arzobispo de Valladolid», 1939, pp. 68-75.

⁵¹ López, Carlos, «La España de Franco rinde homenaje a la memoria de José Antonio», *Fotos*, 3/12/1938, s/n.

⁵² *Palabras del Caudillo*, 1943, pp. 77 y 78.

sea escuela de educación humana y política al servicio de la Patria, y quiere aliar de tal manera tan alto sentido tradicional con otro nuevo de España, que los españoles sean capaces de morir por defender una Iglesia y los fundamentos del Sindicalismo Nacional»⁵³.

Otro acto piadoso fue celebrado al día siguiente, el 21 de noviembre en una Pamplona que había amanecido de luto vistiendo negros crespones, banderas y colgaduras que se colocaron en todos los balcones. Asistieron todas las autoridades y jerarquías de la Falange. En el centro de la iglesia se colocó un túmulo alumbrado por pebeteros, con la bandera nacional y la roja y negra de terciopelo a las cuales daban guardia oficiales del ejército y de la milicia de la vieja guardia de la Falange. Al terminar los funerales se había colocado en el atrio, junto a la cruz que fue descubierta y al son del «Cara al Sol», una placa con el nombre de José Antonio. La multitud cantaba mientras se depositaban coronas de la jefatura provincial, del Ejército, de la delegación provincial de Sanidad, de la Sección Femenina, del SEU, de Auxilio Social y de las corporaciones⁵⁴. De esta manera, confirmada la noticia de la desaparición de José Antonio y pese al desagrado con que Franco escuchaba los elogios que los falangistas hacían del «Ausente», su pragmatismo lo llevó no solo a aceptar el proceso de mitificación de José Antonio sino incluso a contribuir activamente a su consolidación. El verbalismo y la exaltación retórica a la hora de recordar a José Antonio fue una de las pocas concesiones que Franco hizo a los falangistas a cambio de explotar, en su exclusivo beneficio, el voluntarismo sentimental de los *joseantonianos*⁵⁵. En el periódico *F.E.* —siguiendo este razonamiento— se encuentra el artículo de Fernández Almagro, el cual afirmaba que José Antonio era la reserva moral de la juventud y, llegado el momento, ésta se movilizaría. El cuerpo del fundador —consideró— se había transfigurado en «símbolo fecundo y puro»⁵⁶. Gestos y palabras, creencias y prácticas, dieron al hecho un carácter «sacro». De hecho, estas prácticas para con los muertos «gloriosos» transformaron no solo al «caído» en un elemento sacro —y útil para su manipulación— sino todo lo relacionado con su memoria ayudó a producir un regular pasaje de lo profano a lo sacro. Los lugares donde murieron se

⁵³ Fernández Cuesta, 1939, pp. 55-61.

⁵⁴ «Se celebra en Pamplona el día de luto nacional por José Antonio», *Arriba España*, 22/11/1938, p. 3.

⁵⁵ García Lahiguera, 1983.

⁵⁶ Fernández Almagro, Melchor, «En memoria de José Antonio», *F.E.*, 20/11/1938, s/n.

transformaron en metas de culto y de peregrinación (cárcel de Alicante), los «mártires» adquirieron un estatus superior al ser humano, transformándose en necesarios miembros de un martirologio para el régimen en formación, el cual ávidamente los utilizó como bandera de legitimación⁵⁷. En especial, el nombre de José Antonio fue empleado para patrocinar toda clase de empresas, convirtiéndose en el símbolo oficial y en el santo patrono de la nueva dictadura. Franco y su gobierno mantuvieron vivo el recuerdo del 20 de noviembre, situación que se mantuvo por largos años⁵⁸.

La Iglesia conservó la sospecha con respecto a la celebración de los «caídos», viéndola más como un culto idolátrico y pagano, que como una sincera manifestación de catolicidad. El jesuita Teodoro Toni escribió un informe dirigido a Gomá el 27 de noviembre de 1938, diciendo que se estaba jugando con la sangre de los mártires y de los heroicos voluntarios «que se lanzaron a salvar a la Iglesia y al catolicismo»; «[...] Los ídolos son ídolos y tragan a sus adoradores, convirtiéndolos en víctimas». Gomá respondió el 5 de diciembre de 1938 agradeciéndole la información, arguyendo que necesitaba más pruebas para iniciar una gestión. Aun así, reconoció que estaban en juego «los más sagrados intereses de nuestra Fe y de nuestra Patria»⁵⁹.

El periódico *El Correo Español* recogía el sentimiento nacional expresado en las palabras del «caudillo» del 20 de noviembre. También señalaba que los amados por los dioses morían jóvenes, dosificando esta afirmación para que no resultara demasiado pagana, arguyendo que José Antonio había muerto joven porque fue un elegido⁶⁰. Andreu Alcover opinó que José Antonio había legado una sabia lección de catolicidad⁶¹. Ridruejo expresaba su deseo de llegar a una intimidad religiosa, profunda y sincera con aquella fecha triste. Con un estilo propio del antiguo testamento, este último interpretó que José Antonio hacía verbo de aque-

⁵⁷ Cfr. Audinet, 2001, p. 511.

⁵⁸ Castro, 2008, pp. 192 y 193.

⁵⁹ Andrés-Gallego, 2007, p. 178. Muchos años más tarde, en defensa de la catolicidad de Falange, el falangista Hillers de Luque publicó un escrito llamado *Ética y Estilo Falangista* en el cual destacaba punto por punto las características del falangismo y la defensa contra los ataques de sus detractores. Uno de los más recurrentes fue el panteísmo que los falangistas profesaban. Hillers señaló que se podía ser falangista en diversos niveles, aunque aquellos que se sometiesen a la disciplina debían necesariamente ser católicos. Ver Hillers de Luque, 1974, puntos 155 al 157.

⁶⁰ «José Antonio o la exigencia», *El Correo Español*, 19/11/1938, s/n.

⁶¹ Andreu Alcover, Jorge, «El huerto de José Antonio», (20-XI-1938), *La Almudaina*, s/n.

lla emocionada sensación de angustia que los hombres tienen en el alma. Dijo que en el principio fue el Verbo, y que antes era el caos porque Dios no había pronunciado su palabra. Cuando Dios lo hizo, el caos se convirtió en creación, el mundo surgió, la luz alumbró, el agua y la tierra se separaron. Hasta aquí, copiado de la Biblia. Luego:

«Era el caos en España hasta que habló el Verbo, hasta que se alzó la palabra milagrosa, dando forma a la tierra, palidez de astro a las estrellas, separando las tierras y las aguas, porque tierras y aguas en España estaban confundidas [...] José Antonio vino a España con un destino trágico, para morir crucificado. Y ahora el cadáver de José Antonio, el alma erguida ya definitivamente de José Antonio, nos exige tomar aquella tierra que fue regada con su sangre»⁶².

No son necesarios demasiados comentarios para resaltar la burda sustitución de Cristo por José Antonio. Nuevamente se insiste en el vaciamiento doctrinal y litúrgico del catolicismo para rellenarlo —por la fuerza— con personajes «nacionales». Como realizó Fernández Espinosa a través de su «poético» escrito *El caudillo de la Nueva Reconquista de España*:

«Sonó, guerrero, el clarín;
la voz potente se oyó
del Caudillo que a su España
del marxismo libertó
[...]Y este nombre invicto sube
desde el valle hasta el alcor,
del alcor a la montaña,
de la montaña al Señor,
[...] o pudo ser más que Franco
el Candillo [sic] fuerte y fiel
de esta Cruzada sublime»⁶³.

En lugares públicos como ayuntamientos, escuelas, comedores infantiles, se estiló realizar actos religiosos acompañados por el himno de la Falange, gritos rituales y luego un recorrido por las instalaciones inauguradas. Cientos de ellas estaban presididas por la imagen del Corazón de

⁶² Ridruejo, 1939, pp. 34-37.

⁶³ Fernández Espinosa, 1938.

Jesús y los retratos del Caudillo y del «Ausente» como relataba el periódico falangista *Azul* del 9 de enero de 1938⁶⁴. Había que colaborar con España —apuntaba el periódico *Alerta*— que era una juventud en pie conducida por Franco. Una genial concepción creadora de España con el hombre joven como arquetipo inaplazable⁶⁵.

El 23 de enero de 1938, en el acto de clausura del II Consejo Nacional de la Sección Femenina en Segovia, el falangista Fernández Cuesta pronunció un discurso afirmando que continuarían el camino marcado por José Antonio y que el «caudillo» había ordenado seguir: «[...] a vosotras, mujeres de la Falange, os corresponde la tarea callada y silenciosa de amparar a la Falange, de ser vestales de su culto [...]»; y un poco más adelante: “«[...] Él nos guía; tenemos, pues, un Jefe, y tenemos un ideal por el que muchos miles de camaradas han perdido con orgullo la vida[...]»”⁶⁶. Un artículo del periódico *Ideal* insistía en subrayar que su muerte se había producido a los treinta y tres años «como Cristo y Garcilaso» y, sin desperdiciar tiempo, había logrado echar las bases y desbrozar las raíces de un «nuevo, próximo y fecundo Imperio». Luego, la comparación histórica con Colón: el marino había alumbrado un Mundo nuevo; el otro, descubrió una «nueva España». Ambos realizaron su empresa —termina el autor— bajo el mismo simbólico emblema del yugo y las fechas⁶⁷.

Antes de concluir el conflicto fratricida, José Antonio poseía ya un nivel cuasi «divino» transformándose en el guía espiritual del «Nuevo Estado» liderado por Franco. José Antonio —y la mayoría de los caídos «nacionales»— fue funcional más como «Ausente» que como «Presente» y en su nombre se consolidaron muchas de las políticas de los sublevados. Fue así que el nombre de José Antonio fue empleado para patrocinar toda clase de empresas, se convirtió en el símbolo oficial y en el santo patrono de la nueva dictadura. La culminación de este proceso se produjo cuando sus restos fueron exhumados del cementerio de Alicante y llevados a pie durante 10 días hasta el monasterio de El Escorial. Franco y su gobierno mantuvieron vivo el recuerdo del 20 de noviembre acu-

⁶⁴ «El "Día de Falange" en La Rambla», *Azul*, 9/01/1938, p. 2.

⁶⁵ «Al estilo de José Antonio», *Alerta*, 18/11/1938, s/n.

⁶⁶ Fernández Cuesta, 1939, p. 27.

⁶⁷ Redondo, Tomás, «José Antonio, poeta del Imperio», *Ideal*, 20/11/1938, s/n.

diendo todos los años a este monasterio, situación que se mantuvo tras la construcción del Valle de los Caídos⁶⁸.

CONCLUSIONES

La guerra civil potenció la visión de la muerte, exacerbando su importancia hasta transformarla en el legitimador político por excelencia. Sobre todo si era la muerte de un valioso personaje, como lo fue José Antonio. El culto que rápidamente se desarrolló alrededor de su memoria ocupó todas las facetas políticas posibles hasta recibir un trato semi-divino. La liturgia de la Patria lo colocó en un puesto central como expresión más cabal de la nueva religión con Franco como sumo intérprete. Los funerales se transformaron en actos de reafirmación y legitimación del líder, más que en sentidas exequias.

En este artículo se ha querido analizar el reconocimiento de la muerte de José Antonio desde 1936 hasta 1938, preparando el terreno «sacro» para la demostración de religiosidad secular del año siguiente con el traslado de sus restos. La Iglesia intentó reencauzar su memoria, como la de un fiel siervo de la religión católica; mientras que la Falange, por el contrario, quiso demostrar las excelsas virtudes hispanas del «Ausente», señalarlo como el santo patrón del nuevo régimen y sobre todo consignar su herencia y su obra a Franco, único capaz de llevar adelante el proyecto nacional-sindicalista. Por ello la Falange se entregó en cuerpo y alma al «caudillo».

Finalmente, al menos durante los años estudiados, la visión falangista se impuso: José Antonio legitimó el orden político y social y afianzó la autoridad de Franco, transformándose en una barrera contra cualquier reclamo de la Iglesia por el control de la muerte. La muerte fue una política —la política de la muerte— y, por ende, no debía estar en manos de la Iglesia. La muerte, de este modo, se transformó en una cosa de este mundo y por ello la Iglesia debía conservar prudencial distancia. El muerto por la causa —en particular José Antonio— rememoraba situaciones vividas o lugares de este mundo (como la casa-prisión de Alicante donde vivió las últimas horas el «Ausente») y estos se sacralizaban, se transformaban en manantiales de poder donde Franco, en particular, se daba baños de legitimidad pudiendo pasar de lo profano a lo sacro con

⁶⁸ Castro, 2008, pp.102-103 y Payne, 1985, pp. 192 y 193.

total naturalidad. Todo ello, acompañado por una correcta coreografía, una música marcial y militar, gritos y consignas políticas, creando una elevación por sobre el resto de ambos «caudillos»: el muerto y el vivo; José Antonio y Franco.

BIBLIOGRAFÍA

- Andrés-Gallego, José, *¿Fascismo o Estado católico? Política, religión y censura en la España de Franco, 1937-1941*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1997.
- Andrés-Gallego, José – Pazos, Antón, *Archivo Gomá: documentos de la guerra civil*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2001-2010, 13 volúmenes.
- Ariès, Philippe, *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, Barcelona, El Acantilado, 2000.
- Audinet, Jacques, «La religione come luogo dell'alterità» en *La religione. 5. I temi: Etica ed escatologia. I comportamenti religiosi. Religione e politica*, coords Frédéric Lenoir, e Ysé Tardan-Masquelier Ysé, Torino, UTET, 2001.
- Bourdieu, Pierre, *La eficacia simbólica. Religión y política*, Buenos Aires, Biblos, 2009.
- Burleigh, Michael, *Poder terrenal. Religión y política en Europa, de la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Taurus, 2005.
- Cadenas y Vicent, Vicente, *Actas del último Consejo Nacional de Falange Española de las JONS (Salamanca, 18-19-IV-1937) y algunas noticias referentes a la Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda*, Madrid, Uguina, 1975.
- Casanova, Julián, *La Iglesia de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2001.
- Castro, Luis, *Héroes y caídos. Políticas de la memoria en la España contemporánea*, Madrid, Catarata, 2008.
- Cruz, Rafael, «Introducción» en *Políticas de la muerte. Usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, eds. Jesús Casquete y Rafael Cruz, Madrid, Catarata, 2009.
- Ellwood, Sheelagh, *Prietas las filas. Historia de la Falange Española, 1933-1983*, Barcelona, Crítica, 1984.
- Fernández Cuesta, Raimundo, «La semana de José Antonio en la Radio Nacional» en *Dolor y Memoria de España*, Madrid, Jerarquía, 1939, pp. 55-61.
- Fernández Cuesta, Raimundo, *En el acto de clausura del II Consejo Nacional de la Sección Femenina*, Madrid, FE, 1939.
- Fernández Espinosa, Juan, *El Caudillo de la Nueva Reconquista de España*, Sevilla, Gavidia, 1938.
- Ferrary, Álvaro, *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos 1936-1956*, Pamplona, Eunsu, 1993.
- Foxá, Agustín de, «Funeral a José Antonio. Las ceremonias de Burgos» en *Dolor y memoria de España. En el segundo aniversario de la muerte de José Antonio*, Madrid, Ediciones Jerarquía, 1939, pp. 65-68.
- Gallego, Ferrán, *El Evangelio Fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014.
- García Escudero, José, *Historia política de la época de Franco*, Madrid, Rialp, 1987.
- García Lahiguera, Fernando, *Ramón Serrano Súñer. Un documento para la Historia*, Madrid, Argos Vergara, 1983.
- Gentile, Emilio, *Il culto del littorio: la sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Bari, Laterza, 2009.
- Gentile, Emilio, *Le religioni della politica. Fra democrazie e totalitarismi*, Bari, Laterza, 2001.
- Gil Pecharrmán, Julio, *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Madrid, Temas de hoy, 2003.

- Giménez Caballero, Ernesto, «La semana de José Antonio en la Radio Nacional. Conferencia de Ernesto Giménez Caballero (20-XI-1938)» en *Dolor y memoria de España. En el segundo aniversario de la muerte de José Antonio*, Madrid, Ediciones Jerarquía, 1939, pp. 49-52.
- Gómez Moreno, Ángel, *El novio de la muerte (Himno de la Legión)*, Madrid, Sial, 2012.
- Gutiérrez, Jesús, «El Dios profundidad en los mitos y en la vida de la Iglesia», *Revista de Espiritualidad*, enero-marzo de 1970, pp. 48-60.
- Haindl, Ana Luisa, *La Danza de la Muerte*, en http://www.edadmedia.cl/docs/danza_de_la_muerte.pdf
- Hillers de Luque, Sigfredo, *Ética y Estilo Falangista*, Madrid, FES, 1974.
- Jankélévitch, Vladimir, *La muerte*, Valencia, Pre-textos, 2002.
- Ledesma Ramos, Ramiro, *El sello de la muerte*, Madrid, Reus, 1924.
- Linz, Juan José, «El uso religioso de la política y/o el uso político de la religión: la ideología-sucedáneo "versus" la religión sucedáneo», *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 114, 2006, pp.11-36.
- Lorenzo Pinar, Francisco, *Muerte y ritual en la Edad Moderna*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1991.
- Lucas del Ser, Carmelo de, «"Proa". Diario de Falange Española de las JONS. La batalla propagandística de las dos Españas en la retaguardia franquista», *Investigaciones Históricas. Época moderna y contemporánea*, 23, 2003, pp.141-173.
- Massip, Francesc, «La muerte en danza: lo macabro en el arte, el teatro y la fiesta popular en la Península Ibérica», *Prospero. Rivista di Letterature Straniere, Comparatistica e Studi Culturali*, XV, 2009, pp. 11-27.
- Menozzi, Daniele, «La Chiesa e la Rivoluzione Francese», en *Comunità ecclesiale e ricerca teologica: atti della X Primavera di Santa Chiara 1990*, Roma, Vivere in, 1991, pp. 89-106.
- Menozzi, Daniele, *Cristianesimo e Rivoluzione Francese*, Brescia, Queriniana, 1977
- Mircea, Eliade, *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona, Paidós, 2014
- Mosse, George, *La nazionalizzazione delle masse*, Bologna, Il Mulino, 2011.
- Mugueta, Juan, *Los valores de la Raza*, San Sebastián, Navarro y del Teso, 1938.
- Núñez Florencio, Rafael, «Cuando la muerte no es el final», *Claves de Razón Práctica*, 234, 2014a, pp. 90-95.
- Núñez Florencio, Rafael, «La muerte y lo macabro en la cultura española», *Dendra Médica. Revista de Humanidades*, 13, 2014b, pp. 49-66.
- Núñez Seixas, Xosé, *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006.
- «Oración fúnebre pronunciada por el excelentísimo y reverendísimo señor Arzobispo de Valladolid en el funeral celebrado en la catedral de Burgos en sufragio de José Antonio Primo de Rivera, el día 20 de noviembre de 1938» en *Dolor y Memoria de España*, Jerarquía, Madrid, 1939, pp. 68-75.
- Palabras del Caudillo 19 abril 1937 - 7 diciembre 1942*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Ed. Popular, 1943.
- Payne, Stanley, *Falange. Historia del fascismo español*, Madrid, Sarpe, 1985.
- Rader, Olaf, *Tumba y poder. El culto político a los muertos desde Alejandro Magno hasta Lenin*, Madrid, Siruela, 2006.
- Ridruejo, Dionisio, «La semana de José Antonio en la Radio Nacional. Conferencia de Dionisio Ridruejo (15-XI-1938)» en *Dolor y Memoria de España*, Madrid, Jerarquía, 1939.
- Rivière Claude, *Liturgie politiche: ritualità e simbolismo religioso di regimini, partiti, movimenti*, Como, Red Edizioni, 1998.
- Ros Samuel, «La semana de José Antonio en la Radio Nacional. Conferencia de Samuel Ros (17-XI-1938)» en *Dolor y Memoria de España*, Jerarquía, Madrid, 1939, pp. 34-37.
- San Román Colino, José, *Legislación del Gobierno Nacional 1936 segundo semestre*, Ávila, Shade, 1937.

AUSENTE-PRESENTE: LAS DOS CARAS DE JOSÉ ANTONIO

- Saz, Ismael, *Fascismo y franquismo*, Valencia, Universitat, 2004.
Thomàs, Joan, *Los fascismos españoles*, Barcelona, Planeta, 2011.
Torres García, Francisco, *El último José Antonio*, Madrid, Barbarroja, 2012.
Vidal Sales, José Antonio, *Los cachorros del fascismo*, Barcelona, A.T.E., 1978.